

HOMILÍA SOBRE EL AMOR CRISTIANO Y LA CARIDAD

Catálogo de Títulos Cortos 13675. Textos electrónicos del Renacimiento 1.1.

copyright 1994 Ian Lancashire (ed.) Universidad de Toronto

SERMÓN SOBRE EL AMOR Y LA CARIDAD CRISTIANOS

De todas las cosas que deben enseñarse al pueblo cristiano, no hay nada más necesario de lo que debe hablarse y llamarse a diario que la caridad: tanto porque en ella se contienen toda clase de obras de justicia, como porque su decadencia es la ruina o caída del mundo, el destierro de la virtud y la causa de todo vicio. Y porque casi todos los hombres se hacen y enmarcan una caridad según su propio apetito, y lo detestable que es su vida, tanto para Dios como para los hombres, pero aún así se persuaden de que tienen caridad: por lo tanto, ahora oirás una descripción verdadera y clara de la caridad, no de la imaginación de los hombres, sino de las mismas palabras y el ejemplo de nuestro Salvador Jesucristo. En esta descripción o exposición, cada hombre (como si fuera en un espejo) puede considerarse a sí mismo, y ver claramente sin error, si está en la verdadera caridad, o no.

Qué es la caridad. El amor de Dios. La caridad es amar a Dios con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma y con todas nuestras fuerzas. Con todo nuestro corazón: Es decir, que nuestro corazón, nuestra mente y nuestro entendimiento se dediquen a escuchar su palabra, a confiar en Él y a amarlo sobre todas las cosas que más nos gustan en el mundo o en la tierra. Con toda nuestra vida: es decir, que nuestra principal ilusión y deleite esté puesto en Él y en su honor, y que toda nuestra vida esté destinada a servirle en todas las cosas, a vivir y morir con Él, y a dejar todas las demás cosas antes que a Él. Porque el que ama a su padre o a su madre, a su hijo o a su hija, a su casa o a su tierra, más que a mí (dice Cristo), no es digno de tenerme (Mateo 10.37). Con todo nuestro poder, es decir, que con nuestras manos y pies, con nuestros ojos y oídos, nuestras bocas y lenguas, y con todos nuestros miembros y fuerza, tanto del cuerpo como del alma, debemos estar atentos a guardar y cumplir sus mandatos.

El amor al prójimo. Esta es la primera y principal parte de la caridad, pero no es la única: porque la caridad es también amar a todos los hombres, buenos y malos, amigos y enemigos, y por más que se diga lo contrario, sin embargo, debemos tener buena voluntad y corazón para con todos los hombres, para vernos bien con ellos, tanto en palabras y en el rostro, como en todos nuestros actos y hechos externos: porque así lo enseñó el mismo Cristo, y así también lo hizo Él. A un doctor de la ley, que le preguntó cuál era el mandamiento más importante de la ley, le enseñó lo siguiente acerca de la palabra de Dios: "Adora a tu Señor Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente" (Mateo 22:37). Y sobre el amor que debemos tener entre nosotros, nos enseña lo siguiente: "Habéis oído que se enseñaba en tiempos pasados: Amarás a tu amigo y odiarás a tu enemigo; pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos, hablad bien de los que os calumnian y hablan mal de vosotros, haced el bien a los que os odian, orad por los que os maltratan y persiguen, para que seáis hijos de vuestro padre que está en el cielo. Porque él hace salir su sol sobre los buenos y los malos, y envía la lluvia a los justos y a los viciosos. Porque

si amas a los que te aman, ¿Qué recompensa tendrás? ¿No hacen lo mismo los públicos? Y si sólo habláis bien de los que son vuestros hermanos y amigos queridos, ¿qué importancia tiene eso? ¿No hacen lo mismo los paganos? (Mateo 5.43-47). Estas son las mismas palabras de nuestro Salvador Cristo, en lo que se refiere al amor al prójimo. Y como los fariseos (con sus tradiciones más pestilentes, y sus falsas interpretaciones y palabrerías) habían corrompido, y casi claramente detenido este puro pozo de la palabra de Dios, enseñando que este amor y la caridad se referían sólo a los amigos del hombre, y que era suficiente que el hombre amara a los que le amaban, y odiara a sus enemigos: Por lo tanto, Cristo volvió a abrir este pozo, lo purificó y lo limpió, dando a su piadosa ley de la caridad una interpretación verdadera y clara, que es la siguiente: que debemos amar a todos los hombres, tanto a los amigos como a los enemigos, añadiendo a ello el beneficio que obtendremos con ello, y la incomodidad de hacer lo contrario. ¿Qué cosa podemos desear tan buena para nosotros, como que el eterno Padre Celestial, cuente, y nos tome como sus hijos? Y de esto estaremos seguros (dice Cristo) si amamos a todos los hombres sin excepción. Y si hacemos lo contrario (dice él) no seremos mejores que los fariseos, los publicanos y los paganos, y tendremos nuestra recompensa con ellos, es decir, seremos excluidos del número de los hijos elegidos de Dios, y de su herencia eterna en el cielo.

Así, de la verdadera caridad, Cristo enseñó que todo hombre está obligado a amar a Dios en todas las cosas, y a amar a todo hombre, amigo y enemigo. Y esto también lo hizo él mismo, exhortando a sus seguidores, reprendiendo las faltas de sus discípulos, y cuando no podía enmendarlas, oraba por ellos. En primer lugar, alababa a Dios, su Padre, en todas las cosas, hasta el punto de que no buscaba su propia gloria y voluntad, sino la gloria y la voluntad de su Padre. No veo (dijo) mi propia voluntad, sino la voluntad del que me envió (Juan 5.30). Tampoco se negó a morir para satisfacer la voluntad de su Padre, diciendo: "Si es posible, que pase de mí esta copa de muerte; si no, que se haga tu voluntad y no la mía" (Mateo 26.39, 42). No sólo amaba de sus amigos, sino también a sus enemigos, que en su corazón le guardaban un gran odio, y con sus lenguas hablaban mal de Él, y en sus actos y hechos le perseguían con toda su fuerza y poder, incluso hasta la muerte. Sin embargo, a pesar de todo esto, Él no les retiró su favor, sino que aún los alentó, les predicó en voz alta, reprendió su falsa doctrina, sus malvadas mentiras, e hizo el bien con ellos, soportando pacientemente todo lo que decían o hacían contra Él. Cuando le daban palabras crueles, no le daba ninguna más. Cuando lo golpeaban, no les devolvía el golpe; y cuando sufría la muerte, no los mataba, ni los amenazaba, sino que oraba por ellos, y ponía todo a la voluntad de su Padre. Y como una oveja que es llevada al matadero, y como un cordero al que se le quita el vellón, no hace nada ni se resiste, así fue a su muerte, sin rechistar, ni abrir la boca para decir nada. De esta manera os he enseñado lo que es la caridad, tanto por la doctrina como por los ejemplos del mismo Cristo, para que cada uno pueda saber sin equivocarse en qué estado y condición se encuentra, si está en la caridad (y por lo tanto es hijo del Padre en la caridad) o no. Porque aunque casi todo hombre se persuade a sí mismo de estar en la caridad, sin embargo, que no examine a ningún otro hombre, sino su propio corazón, su vida y su relación, y no se engañará, sino que discernirá y juzgará verdaderamente si está en la caridad perfecta o no. Porque el que no sigue su propio

apetito y voluntad, sino que se entrega con empeño a DIOS, para cumplir toda su voluntad y sus mandatos, puede estar seguro de que quiere a DIOS en todas las cosas, y si no, seguramente no lo quiere, sea lo que sea lo que pretenda: como dijo Cristo: Si me quieres, cumple mis mandatos. Porque el que conoce mis mandamientos, y los guarda, es (dice Cristo) el que me ama (Juan 14.15, 21). Y otra vez dice: El que me ama, guardará mi palabra, y mi Padre lo amará, y ambos vendremos a él y moraremos con él; y el que no me ama, no guardará mis palabras. Asimismo, el que tiene un buen corazón y una buena mente, y que habla y actúa bien con todos los hombres, amigos y enemigos, puede saber que tiene caridad. Y cuando esté seguro de que DIOS Todopoderoso lo toma por su hijo querido, como dice San Juan: "Así se distinguen claramente los hijos de DIOS de los hijos del diablo, porque el que no ama a su hermano, no es de DIOS" (1 Juan 3.10).

LA SEGUNDA PARTE DEL SERMÓN DE LA CARIDAD.

Habéis oído una exposición clara y fructífera de la caridad, y de lo provechosa y necesaria que es; de cómo la caridad se extiende tanto a Dios como a los hombres, a los amigos y a los enemigos, y ello por medio de la doctrina y el ejemplo de Cristo; y también de quién puede certificar si está en perfecta caridad o no. Ahora bien, en cuanto al mismo asunto, sigue.

Contra los hombres carnales que no perdonan a sus enemigos. La naturaleza perversa del hombre, corrompida por el pecado, y desprovista de la palabra y la gracia de Dios, considera que es contrario a toda razón que un hombre perdona a su enemigo, y tiene muchas persuasiones que le llevan a lo contrario. En contra de todas estas razones, deberíamos también poner la enseñanza, como el lema de nuestro Salvador Cristo, quien, al amar a los enemigos (cuando éramos sus enemigos), nos enseña a amar a nuestros enemigos. Él soportó pacientemente por nosotros muchos reproches, sufrió golpes y la más cruel muerte. Por lo tanto, no somos miembros de Él, si no lo seguimos. Cristo (dice S. Pedro) sufrió por nosotros, dejando un ejemplo para que lo sigamos (1 Pedro 2.21).

Además, debemos considerar que amar a nuestros amigos no es más que lo que hacen los doctores de la ley, los adúlteros, los homicidas y todas las personas malvadas; de la misma manera que los judíos, los turcos, los infieles y todas las bestias brutas, aman a los que son sus amigos, de quienes tienen su licencia o cualquier otro beneficio. Pero amar a los enemigos es la condición propia de los hijos de Dios, de los discípulos y seguidores de Cristo. Sin embargo, la naturaleza rebelde y corrupta del hombre pesa profundamente muchas veces la ofensa y el disgusto que le hacen los enemigos, y considera una carga intolerable estar obligado a amar a los que le odian. Pero la carga debería ser bastante fácil, si (en el otro lado) cada hombre considerara el disgusto que ha hecho a su enemigo de nuevo, y el beneficio que ha recibido de su enemigo. Y si no encontramos una recompensa igual o semejante, ni siquiera en los beneficios recibidos de nuestro enemigo, ni en los disgustos que nosotros les hemos ocasionado: entonces reflexionemos sobre los disgustos que hemos hecho a DIOS Todopoderoso, cuántas veces y cuán gravemente le hemos ofendido, de lo cual, si queremos tener

el perdón de DIOS, no hay otro remedio, sino perdonar las ofensas que han hecho contra nosotros, que son muy pequeñas, en comparación con nuestras ofensas hechas a DIOS. Y si consideramos que el que nos ha ofendido no merece ser perdonado por nosotros, consideremos también que nosotros mucho menos merecemos ser perdonados por Dios. Y aunque nuestro enemigo no merezca ser perdonado por su propia cuenta, debemos perdonarlo por amor a Dios, considerando cuán grandes y muchos beneficios hemos recibido de Él, sin tomar en cuenta nuestras deserciones, y que Cristo merece de nuestra parte, que por su causa perdonemos las ofensas que nuestros enemigos han cometido contra nosotros.

Una pregunta. Pero aquí puede surgir una pregunta necesaria para ser resuelta. Si la caridad requiere pensar, hablar y hacer el bien a todos los hombres, tanto buenos como malvados, ¿Cómo pueden los magistrados hacer justicia a los malhechores o a los malvados con la caridad? ¿Cómo pueden encarcelar a los hombres de perversos, quitarles sus bienes, y en algún momento sus vidas, de acuerdo con las leyes, si la caridad no les permite hacerlo?

Respuesta. He aquí una respuesta clara y breve: que las plagas y los castigos no son malos en sí mismos, si se aplican con justicia a los ofensores. Y para un hombre enfermo son buenas y necesarias, y pueden ser ejecutadas según la caridad, y con caridad deben ser ejecutadas.

La caridad tiene dos oficios. Por la declaración de lo cual, entenderás que la caridad tiene dos oficios, el uno contrario al otro, y sin embargo ambos necesarios para ser usados en hombres de diferente clase y disposición. El primer oficio de la caridad es el de apoyar a los hombres buenos e inofensivos, no oprimiéndolos con falsas acusaciones, sino alentándolos con recompensas para que hagan el bien y continúen haciéndolo, defendiéndolos con la espada de sus adversarios; así como el oficio de los obispos y pastores es el de alabar a los hombres buenos por sus buenas acciones, para que continúen haciéndolas, y reprender y corregir con la palabra de Dios las ofensas y los crímenes de todas las personas mal dispuestas. El otro oficio de la caridad es el de reprender, corregir y castigar el vicio, sin consideración de personas, y debe usarse sólo contra los que son hombres malos y malhechores o perversos. Y que el oficio de la caridad es tanto reprender, castigar y corregir a los que son malos, como cuidar y recompensar a los que son buenos e inofensivos. S. Pablo declara (escribiendo a los romanos) que los altos poderes están ordenados por Dios, no para ser temibles a los que hacen el bien, sino a los malhechores, para sacar la espada y vengarse del que comete el pecado (Romanos 13.1, 4). Y S. Pablo le pide a Timoteo que reprenda el pecado con la palabra de Dios (1 Timoteo 5.20). De modo que ambos oficios deben ser ejecutados diligentemente, para luchar contra el reino de la maldad, el predicador con la palabra, y los gobernantes con la espada. De lo contrario, no amarán a Dios ni a sus gobernados, si (por falta de corrección) permiten voluntariamente que Dios sea ofendido y que sus gobernados perezcan. Porque así como todo padre amoroso corrige a su hijo natural cuando hace algo malo, y si no lo hace es porque no lo ama, así todos los gobernantes de Reinos, Condados, Ciudades y Casas, deben corregir

amorosamente a los que son infractores, bajo su gobierno, y cuidar a los que viven inocentemente, si tienen algún respeto a DIOS y a su cargo, o amor a los que gobiernan. Y tales reprimendas y castigos a los que ofenden, deben hacerse a su debido tiempo, no sea que por la demora, los infractores caigan de cabeza en toda clase de maldades, y no sólo sean malos ellos mismos, sino que también hagan daño a muchos hombres, atrayendo a otros por su mal ejemplo, a pecar y ultrajar después de ellos. Así como un solo hombre puede robar a muchos hombres, y también hacer muchas cosas; y un sedicioso puede atraer a muchos, y molestar a toda una ciudad o país. Es menester tener presente que estas personas malvadas que son tan grandes ofensoras de Dios y de la sociedad, la caridad exige que sean cortadas del cuerpo de la sociedad, para que no corrompan a otras personas buenas y honestas, como un buen cirujano corta un miembro podrido y supurado, por el amor que le tiene a todo el cuerpo, para que no infecte a otros miembros adyacentes. De este modo, se os declara lo que es la verdadera caridad o amor cristiano, de forma tan clara, que nadie tiene por qué engañarse. Este amor, debe ser guardado, no sólo para con Dios (a quien está obligado a amar sobre todas las cosas) sino también para con su prójimo, tanto amigo como enemigo, seguramente lo mantendrá alejado de toda ofensa a Dios, y de toda ofensa al hombre. Por lo tanto, esta breve lección nos enseña que, por medio de la verdadera caridad cristiana, debemos amar a Dios, a los buenos y a los malos, a los amigos y a los enemigos, y que debemos hacer el bien a todos los que son buenos, por amor, para alentarlos y cuidarlos, porque son buenos, y a los malos, por amor, para corregirlos y castigarlos, a fin de que se conviertan en buenos o, al menos, para que Dios y la los bienes comunes sean menos dañados y ofendidos. Y si así dirigimos nuestra vida, por amor y caridad cristiana, entonces Cristo nos promete y asegura que nos ama, que somos hijos de nuestro Padre celestial, reconciliados con su favor, verdaderos miembros de Cristo, y que después de este corto tiempo de esta vida presente y mortal, tendremos con él la vida eterna en su reino eterno del cielo. Por tanto, a Él, con el Padre y el Espíritu Santo, sea todo el honor y gloria, ahora y siempre. Amén.